

LA EDUCACIÓN –EN EL HOGAR– “PARA LA NO VIOLENCIA”

Miguel P. León Padilla
Universidad Católica de Valencia “San Vicente Mártir”

Resumen: La violencia ha formado parte de la historia humana desde sus orígenes. Sin embargo, en la actualidad cada vez son más frecuentes los casos protagonizados por menores dentro del entorno familiar y escolar. En una macroencuesta del Instituto de la Mujer (1999), 80.000 españolas reconocían ser maltratadas por sus hijos. Mayoritariamente atribuyeron la conducta agresora a la educación permisiva, la crisis de valores y la pérdida de autoridad en la familia. No existe un modelo único de niño maltratador. Puede aparecer en cualquier nivel social o cultural. Pero es más común en hogares fragmentados cuyas principales víctimas son los padres divorciados que han malcriado en la primera infancia a los hijos renunciando a poner límites. “La carencia de límites está dando lugar a un niño insatisfecho, rebelde, plenamente autónomo, que con siete años quiere imponer sus criterios, que insulta, incluso agrede, que se cree el dueño absoluto del terreno que pisa. Ante esta situación, los padres, incapacitados para responder, ceden, y no hacen así sino acrecentar el poder de ese niño o niña” (José Luís Calvo, presidente de Prodeni). ¿Qué hacer frente a esta situación? Las medidas paliatorias pasan por educar en la “no violencia”. En estas edades aún es posible reforzar los sentimientos naturales de tolerancia, comprensión, compasión, empatía... Pero este empeño corresponde a la familia y, sólo como apoyo o refuerzo, a la escuela.

Palabras clave: Familia, educación, autoridad, respeto, no violencia.

FAMILIA EDUCADORA

El espacio natural y propio para esta educación es la familia. La familia presta al individuo servicios imprescindibles para el desarrollo: 1) Provee cuidados físicos. 2) Crea un ámbito de protección. 3) De formación y educación desde el afecto (recompensando



el bien, razonando las normas, ofertando valores y referentes). 4) Socializándole (transmitiéndole los códigos de convivencia, reglas de conducta cuyo respeto le asegure integrarse en la sociedad).

La socialización es el proceso por el que la persona se va integrando, a través del proyecto propio de su familia, en un proyecto mucho más amplio, la sociedad. En este complejo proceso el niño no sólo tiene que aprender normas de conducta, sino que debe asimilar los valores sociales que las sustentan e incorporarlos a su personalidad. La familia debe ser el espacio privilegiado –empírica y sistemáticamente– para la asimilación no ya de los códigos y normas, sino de los valores, principios y virtudes que los fundamentan.

Para poder erradicar la violencia (así como las lacras que propicia) no podemos quedarnos en dar a conocer los límites normativos sin razonar su necesidad, manifestar su valor y suscitar el interés por secundarlos. Hay que saber dar el paso de la norma al valor, convertir el valor en cualidad personal, y ejercitarlo hasta incorporarlo a la personalidad como virtud propia. El individuo que no ha crecido en un ambiente que le facilite la incorporación de códigos de conducta y convivencia se torna incapaz de construirse como persona y construir en su entorno un ambiente humanizador. Es el caso de los violentos y agresores. Consideramos que no hay un momento preciso para la incorporación de valores y sus códigos de conducta, sino que es una tarea paulatina que abarca desde el nacimiento hasta la vida adulta.

La eficacia en la educación en valores depende –en gran medida– de la autoridad que el niño reconoce a la madre y al padre. La autoridad es una actitud vital que exterioriza la credibilidad que uno se otorga a sí mismo. Y se encuentra íntimamente unida a capacidades, competencias y conocimientos estimados dignos de respeto; pero –sobre todo– a la coherencia de vida. La autoridad es una conquista, se trata de un bien adquirido sobre la propia credibilidad que otorga el saber resolver con soltura situaciones difíciles, el saber dominarse, vencerse y posicionarse. Cuando el respeto desaparece evidencia que no se ha desarrollado una adecuada interiorización de la norma y sus valores. Suele darse este caso cuando los padres renuncian a aquello que les es debido. En el seno familiar la relación parental se autovalida mutuamente, la madre afirma su autoridad cuando es reconocida por el padre ante los hijos y a la inversa, así como con los demás integrantes del entorno familiar.

Cuando el proceso de formación familiar se perturba y los padres delegan en la escuela la transmisión de códigos éticos y valores, se genera un lamentable vacío que se torna peligroso si, al tiempo que los padres renuncian a su tarea educativa, además critican y devalúan la figura del maestro o la escuela ante los hijos (con la ingenua pretensión de granjearse su afecto o reconocimiento) porque el mensaje que capta el niño es “no aprendas”.

El crecimiento personal se logra cuando se desarrollan en la familia las dos perspectivas: afectiva y educativa. Pero cuando el registro afectivo prevalece sobre el educativo, el



proceso de interiorización de las normas y valores no se realiza adecuadamente. Cuando se recurre a la sanción, significando que una consigna educativa debe ser respetada, el niño llora o se hace la víctima; si surge en el padre el miedo al rechazo del hijo y abandona el registro educativo para pasar al afectivo, se rompe el proceso de interiorización de la norma y se merma la autoridad.

NUEVAS TECNOLOGÍAS AL SERVICIO DE LA VIOLENCIA

Al ya de por sí complejo proceso de interiorización de valores y códigos de conducta se ha añadido la complicación que impone el estilo de vida contemporáneo, así como los cambios vertiginosos producidos en la familia por la revolución tecnológica.

Los medios de comunicación, sobre todo la televisión e Internet, cuentan con un gran poder en el proceso de modelización y socialización. La identidad ya no se construye sólo en el hogar y en la escuela, ni siquiera en la calle. Los padres han introducido –sin control– en la habitación de sus hijos a su peor enemigo: la televisión. La habitación ya no es concebida como dormitorio sino como el recinto de autoaislamiento. Los chicos se duermen viendo televisión y despiertan con ella. Nuestros niños aprenden a manejar el mando de la tele antes que a hablar y así se van familiarizando con la violencia y el maltrato. Si el niño se siente identificado con el personaje, y trata de ser igual que él, el niño toma el carácter del personaje ficticio. Un estudio de *Seattle Children's Hospital Research Institute* realizado con 330 niños de 2 a 5 años demostró que éstos multiplicaban por 3 sus conductas violentas por cada hora que ven televisión. Desgraciadamente los contenidos que ofrecen normalizan los contravalores. Los adultos aparecen como poco fiables: hipócritas, falibles, torpes, a veces despreciables. Los delincuentes son presentados como personajes simpáticos que también hacen cosas positivas. El pan-sexismo, la violencia y la agresividad están omnipresentes. El móvil ha creado un mayor aislamiento e incomunicación. Los chicos permanecen atentos a su pantalla la mayor parte del tiempo enviando mensajes. El mp4 y los cascos aseguran el aislamiento en espacios públicos. El ordenador llena el tiempo libre. Muchos viven encerrados en su cuarto sin control de los padres.

Mientras los niños están familiarizados con las tecnologías de la comunicación, el desconocimiento de ellas que tienen los padres complica el control y seguimiento de los hijos.

Un reciente estudio de la Universidad Complutense sobre los “Factores psicosociales comunes y específicos de género relevantes en la violencia de preadolescentes y adolescentes”¹ pone de relieve que la televisión y los videojuegos son factores que inciden directamente en los niveles de agresividad que presentan éstos. En general,

¹ Realizado en el 2008 con 2.300 escolares de entre 9 y 16 años de edad de centros docentes públicos y privados de la Comunidad de Madrid.



los preadolescentes presentan menores valores en agresión que los adolescentes, y las mujeres menores que los varones. Las puntuaciones globales en agresividad en esas edades aumentan con el tiempo de exposición a la televisión y en mayor medida con las horas dedicadas a videojuegos, mientras que se reducen con el tiempo dedicado a deberes escolares y en especial a lectura extraescolar. Es reseñable que más del 30% de los adolescentes no dedica ningún tiempo semanal a la lectura extracurricular. Parece claro que cuando dedica parte de su tiempo a hacer deberes escolares o a la lectura extraescolar, no sólo está evitando las “situaciones” que promueven la agresión sino que está estimulando comportamientos que requieren esfuerzo y perseverancia, *que son incompatibles con el desarrollo de rasgos que caracterizan a la personalidad agresiva.*

TRANSFORMACIÓN DE LA FAMILIA

Las características del proceso de acompañamiento en el crecimiento personal se han debilitado con la “democratización” de la familia y la difuminación de la autoridad parental. Los valores socialmente reconocidos otorgan prioridad al desarrollo del individuo y a la búsqueda de su felicidad personal, en lugar de a su formación. Los padres y educadores de hoy están desorientados, con la sensación de haber perdido control de la educación, desplazados por tecnologías que no dominan y con un sentimiento de pérdida de autoridad. Temen ser autoritarios, y les vence el miedo a “no ser correspondidos en el amor que sienten por sus hijos”. Esto les lleva a dar a los niños y a los adolescentes la capacidad de tomar decisiones para las que ellos aún no están preparados. Recordemos que los niños necesitan de los adultos para su desarrollo y esperan de ellos consignas claras, acuerdos mutuos y la determinación de límites precisos (sobre lo permitido y lo prohibido); y sobre todo flexibilidad para enfrentar los cambios sin temores invalidantes, con el replanteamiento constante. Una vez marcado el camino se deben transmitir las decisiones con convicción, dentro de una buena comunicación dirigida a formar criterios.

A MODO DE CONCLUSIONES

Respecto al modo en que los propios niños perciben el problema, hemos de concluir que:

– En gran número de ellos encontramos un fuerte grado de asimilación de conductas agresivas.

– Entre un resto reducido, encontramos una actitud más crítica y consciente de lo detestable de tanta violencia. Manifiestan su rechazo frente a comportamientos agresivos. Es significativo destacar que provienen de familias con gran conciencia no violenta y que han educado en el rechazo a juegos o juguetes bélicos, o en el uso responsable de la televisión o el ocio.



Hay que incidir en que las víctimas de la violencia infantil son los mismos “autores”. La sociedad que genera este estado de anomia no puede descargar su responsabilidad sobre seres que, por su falta de formación y personalidad, se dejan llevar por el ambiente. Entre las consecuencias indirectas hay que enumerar: la inseguridad, el daño sufrido por personas y bienes comunes, absentismo y fracaso escolar.

El estudio de la Complutense pone de manifiesto que niños y adolescentes otorgan a la familia la responsabilidad de hacer algo para frenar la violencia (más del 70% de los niños y más del 80% de los adolescentes). Y que para frenar la violencia lo que más reclaman es “educación”, educación en valores, educación en la no violencia.

Debemos pues, educando en la paz y en valores cívicos, desarrollar en nuestros menores compromisos antiviolentos y actitudes de diálogo y transigencia. Ello requiere una conexión familia-escuela. Los padres no pueden desentenderse de su responsabilidad educativa en valores y conductas cívicas. En casa deben enseñarse aquellas actitudes básicas para la convivencia y transmitirse los referentes éticos elementales. Urge instar a los padres a educar en valores socializadores, actitudes cívicas y comportamientos éticos...

Exigir de los gobernantes nuevas políticas que reduzcan la violencia estructural. Políticas sociales que disminuyan las diferencias y mejoren las condiciones de vida de los más desfavorecidos.

– Que la conducta violenta no es genética, ni improvisada, sino producto de la nociva influencia del entorno. Las vicisitudes de la infancia y el ambiente sociofamiliar ejercen una influencia determinante.

– Que el fenómeno de la violencia infantil y juvenil es una cuestión de salud pública.

– Que el comportamiento agresivo puede ser corregido mediante estrategias educativas, entre los cuatro y doce años, cuando aún existe posibilidad de reforzar los sentimientos naturales de compasión, ternura, empatía.

– Que el papel de los padres y familiares es insustituible en la formación del carácter y la personalidad. Y que en el hogar deben asimilarse los rudimentos en valores y criterios de convivencia cívica, que la escuela reforzará; pero que no puede improvisar.

– Que no debe despreciarse en la educación del niño el recurso al castigo (siempre de manera racional y positiva), para que el niño desde pequeño comprenda las consecuencias de sus actos y valore su responsabilidad.

– Que se debe educar en el uso positivo del propio ocio y tiempo libre. Desarrollar la creatividad e imaginación. Muchas veces es la tensión acumulada, el estrés, las presiones familiares o escolares los que provocan la discusión violenta. Conviene enseñar a relajarse y distenderse para reducir tensiones personales que se reflejan en comportamientos agresivos y violentos.



Concluimos con la propuesta del presidente de la Sociedad Española de Psiquiatría Infantil, José Luis Pedreira Massa, quien aconseja el desarrollo de una educación asentada sobre las *tres ces*.

- Coherencia: no contradecirnos a nosotros mismos, mantener siempre el mismo criterio.
- Consistencia: el sí es sí, y el no es no. No decir “no” ahora y dentro de cinco minutos “sí”.
- Continuidad: implica ser coherente y consistente de forma permanente.

BIBLIOGRAFÍA

- J. Burnly (1993). *Conflicto*. Madrid: ed. Morata.
- G. Casamayor (coord.) (1998). *Cómo dar respuesta a los conflictos. La disciplina en la enseñanza secundaria*. Barcelona: ed. Grao, Colección Biblioteca de Aula.
- F. Cerezo (coord.) (1998). *Conductas agresivas en la edad escolar*. Madrid: ed. Pirámide.
- T. Domínguez et al. (1996). *Comportamientos no violentos. Propuestas interdisciplinarias para construir la paz*. Madrid: ed. Narcea.
- I. Fernández (1998). *Prevención de la violencia y resolución de conflictos. El clima escolar como factor de calidad*. Madrid: ed. Narcea.
- A. Miller (1985). *Por tu propio bien: raíces de la violencia en la educación del niño*. Barcelona: ed. Tusquets.
- J. Sanmartín (1998). *Violencia, TV y cine*. Ed. Ariel. Colección Estudios sobre la Violencia.
- J. Tuvilla Rayo (comp.) (1994). *La escuela: Instrumento de Paz y Solidaridad*. Sevilla: ed. MEC. Colección Cuadernos de Cooperación Educativa.